

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS.

Por Federico Villach.

LA GRANJA, café de la calle de San Rafael, al costado izquierdo de Tacón, tenía fama por su buena leche y sus exquisitas horchatas, y contaba además con una "casa de baños", muy frecuentada en aquella época en que no abundaban los de las casas particulares. Los sábados, día en que afluía a ellos la dependencia del comercio, había que esperar un largo turno para disponer de una bañadera. A la entrada de este café había un despacho de tabacos y cigarros y una casa de cambio—entonces muy corrientes—con un largo mostrador sobre el que los empleados de aquella, en mangas de camisa, hacían las reducciones de centenes a billetes, o viceversa, en unos cuadernillos de papel español, aquel papel español encolado que olía a demonios. Dos centenes, era lo corriente: doce pesos cincuenta centavos en billetes. Par de amarillos, un billete de a 25. También vendían papel sellado para la curia y billetes de lotería. Toda una familia "montañesa", de abuelos a nietos, se hizo rica en aquel negocio.

El café El Ariete, en San Miguel y Consulado, era el único hasta hace poco que se conservaba en su elemento; pero también acabó al fin por cerrar sus puertas, abandonado de sus amigos, que, cediendo a la corriente, al cabo derivaron hacia los bares de los alrededores. Hacientemente ha vuelto a la lucha, pero reducido y recortado. No sabemos si aun brinda a sus marchantes, por veinte centavos, aquellas espléndidas raciones criollas de tasajo, rueda de ñame y arroz blanco con frijoles negros.

También había un café del que por aquella época se hablaba mucho, establecido en la Plaza del Vapor, por la parte que da a la Calzada de Galiano, que se llamaba Los Peces Vivos, y en el que tocaba el piano por las noches un joven llamado Horacio, que según se decía era un genio musical desconocido. La gente iba allí para oírle tocar el piano, lo que hacía seguramente por un peso diario, poco más o menos. Como entonces no existía, ni se pensaba

alegrando el espacio con sus ruidosas charangas que ejecutaban los pasacalles, entonces de moda, "La Giralda", "Niña Pancha" y "En Revenant de la Revue", que le sacaron en París al célebre general Boulanger.

Otro, muy célebre entonces, Salón H, en la Manzana de Gómez, de día y de noche animado y bullanguero, lleno siempre de "gorras blancas"—oficiales del Ejército de la Colonia—y en el que, según la exaltada fantasía popular, se reunía la plana mayor de aquella tétrica Asociación del Cuchillo, organizada, según se decía, "para cortarles la cabeza a los cubanos" en cuanto evacuase el último soldado ibérico. Aun subsiste el Salón H, y como de costumbre, siempre se le ve animado, ahora con su marchantería compuesta en su mayor parte de corredores de minas, delegados políticos y agentes de negocios de todas clases.

Allá por los años 1908, 10, etc., vendía periódicos y revistas españolas—"Blanco y Negro", "Nuevo Mundo"—por los portales y salones de este café un joven asturiano de unos veinte años, simpático y parlanchín, al que llamaban "Panera", aunque su verdadero apellido era el de Buznego, y el cual, ya en la edad madura, se embarcó para Madrid, llamado por el periodista Aznar que lo había tenido a su servicio cuando dirigía aquí en La Habana el diario "El País". Al estallar la guerra civil en la Península, "Panera" ingresó en la milicia madrileña; y envuelto en una denuncia, fué fusilado por sus propios amigos. ¡Qué ajeno estaba aquel regocijado vendedor del "Madrid Cómic" que moriría pasado por las armas en el "Madrid Trágico" de 1937.

Un café de los pequeños que se conserva, y ojalá sea por mucho tiempo, poco más o menos como se instaló hace quince o veinte años, el del Mundo, en Aguila y Animas, donde se reúnen los redactores y empleados de este periódico; pasados los años, éstos sabrán apreciar la emoción del recuerdo que de vez en cuando intenta despertar el postalista en



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

en ello, ni las ortofónicas, ni el radio, el joven pianista atraía a los portales del café gran número de aficionados a la buena música, ansiosos de oír los trozos más popularizados y melódicos, que él tocaba magistralmente de "Cavalleria Rusticana", "Payasos", y más tarde, de la romántica "Bohemia". El café Los Peces Vivos venía siendo como un "academia de música" o un "auditorium", todo por una botella de gaseosa, o una taza de café con leche. El Biscuit, en Prado, a un costado de la cárcel, era también muy conocido por ser el lugar donde los domingos, de madrugada, se reunían los aficionados a la pesca, en su mayoría conocidos comerciantes de "allá abajo". ¡Ah! y no olvidemos al Anón, en la calle de la Habana, donde se daban cita las más destacadas bellezas de nuestro mundo social, como otras dulces y sabrosas frutas del trópico; y en el que se inventó ese delicioso néctar del Olimpo cubano com-

puesto de leche y guanábana, denominado "champola". Después El Anón se trasladó al Prado, y allí, tras de próspera vida, cerró al fin sus puertas.

- El Tiburón, en San Lázaro y Prado, era la sede de los verbenistas de San Juan y brillante piquera de aquellos lujosos coches denominados "Tin Tan", por el sonido de sus timbres, a la que acudían, a la caída de la tarde, vestidos de blanco y jipi, los jóvenes del Prado y la Calzada, a cuyo final los esperaba con sus azucaradas gaseosas con gotas de granadina ("ensalada"). El Vista Alegre, que entonces ocupaba mo-

destadamente nada más que la esquina de la casa en que hoy se encuentra ampliamente instalado. Varios metros más arriba, en la plazuela donde han emplazado hoy unos "tio vivos" y otros entretenimientos infantiles, hallábase El Boulevard, restaurante medio café cantante y otros "menesteres", frente a la Bateria de la Reina, poco más o menos el espacio en que hoy se levanta el monumento a Maceo. También es de recordarse en la Calzada de San Lázaro el café El Paraíso, donde con frecuencia se veía rodeado de amigos y explotadores—el entonces famoso pitcher del Almendares, de la raza de color, José de la Caridad Méndez.

Un cafecito de los más concurridos de aquella época y famoso por su excelente café con leche, era el situado en Sol esquina a Aguacate, que no sabemos si aún existe. Allí tocaba el piano un joven llamado López Morales, y asistía algunas veces el popular pianis-

ta—gordito y barrigoncito—Peñita, autor de preciosos danzones—"los danzones de Peñita"—de los que él imprimía y publicaba uno casi todos los meses. Donde más asiduamente se veía a Peñita era sentado a la entrada del café La Isla, de Galiano. Allí esperaba los avisos para acudir a los bailes en que se solicitaban sus servicios. La muerte de Peñita fué muy sentida.

Asalta al postalista el recuerdo de tantos y tantos cafés y cafetines de aquel entonces, célebres por algún concepto, que va a citar someramente los principales de ellos para no correr el riesgo

de olvidarlos: el café Felipe, en el revuelto barrio de San Isidro, llamado así por su dueño Felipe González, a quien asesinaron una noche para robarle un descomunal anillo de oro y brillantes que poseía. El Volcán, frente al parque del Cristo, donde hervía la más arriscada gente del bronce; Los Industriales, en la Plaza del Polvorin, célebre por su jugadores de dominó y sus cenas de pescado fresco por la madrugada; Las Américas, en Animas, por sus comidas; El Sol, en San Miguel y Consulado, que daba acceso al restaurante de Giovanni establecido en los altos; La Portorriqueña, el primero que puso la taza de café a medio; Capellanes y Manzanares, allá por Carlos III, y en el primero de los cuales una noche báquica Menéndez mató a su entrañable amigo Altuzarra; El Casino, al lado del teatro Albisu, donde se reunía la bohemia artística y periodística de la época: Gaviño, Piedra, Ormaechea, Fer-

nando Costa, Pastor, los hermanos Areu, Manolo y Ricardo; y más adelante, casi en nuestros días, los cronistas Fernando Rivero y Enrique Uthoff y el malogrado periodista Otero. A su llegada a La Habana, en 1909, también se veía allí con frecuencia al famoso caricaturista español Bargaría, fallecido recientemente, y el café La Plata, en Prado, donde se halla hoy El Dorado, en el cual se hizo célebre un llamado Ursinos, que tocaba con inusitada destreza botellas y cascabeles; y el famoso de Los Voluntarios, frente al cual se reunían por las mañanas los batallones de aquéllos,

tos boyticos en
easa blincitvora
estonalya es jst-
bol los korolnu-
e codas jas lejt-

ente' je mamo se
cos jtasafos' se-
ou baly los sly-

stelnro qeseo de
shentseton e ma-
e ese sabytyn de
jente rlyocslat-
shmenteno de je

de vngoles snta-
tesoles sntenos'

odos pleatlos ko-
v sragenonjaga'
eston hlyetelenge
vdealy a fecnics'

stotones democly-
tolmly en ja con-
vabytly en nu es-
sly llyente cally
e llyete v el ol-
de ja sntely' no
te coucede e jtho-
vlymlytlye vol es-

je llyon de exte-
shentlye jncra

de conlytly en llytlydees llytlye los

de llye
vabytly
ses en



PATRIMONIO DOCUMENTAL

3

sus "viejas postales descoloridas".

En el mármol de las mesas del café de Albisu, adjunto al teatro de su nombre, el poeta Faustino Diez Gaviño, que acostumbraba a ir allí todas las tardes, escribía con lápiz los epigramas y cantares que se le ocurrían de momento. Algunas veces un curioso de buena memoria, que los había leído, los retenía y popularizaba después, refiriéndoselos a todo el mundo, como aquel famoso soneto a la actriz italiana, la Salvini; pero otras nadie se ocupaba y venía el dependiente y los borraba con su trapo; y no cabe dudar que se llevó cosas buenas. Era cliente fijo de este café el censor de teatros señor Miralles, que tenía de cabeza a los autores del patio con su lápiz rojo; y también el famoso "Chato Cavestany", hermano del poeta José Antonio y registrador de la propiedad en una capital de provincia, a quien gastaba frecuentes bromas del chistoso e inolvidable Antonio Escobar. Huroneaba por los portales de este café, aquel desorbitado tipo popular que llamaban "Capalarrata", a quien un día el escritor José M. Carbonell y varios amigos homenajearon con una corona de ristas de ajos, en un banquete que le ofrecieron en *pendant* al que se le había dado aquí en La Habana, recientemente, al poeta andaluz Salvador Rueda. "Capalarrata" se alimentaba de los recortes de "sandwiches" que le daba Fernando, el lonchero del café, a última hora, y dormía en los fosos del teatro Albisu. Los cubanos consideraban este café como un fuerte baluarte del "integrisimo", antítesis del que se hallaba enfrente, pasado el parque, El Louvre, que los españoles consideraban como una manigua al aire libre.

Otro café que también fué famoso allá por los años 1890, 92, etc. el Hispano Americano, situado en la acera del Louvre, hacia la esquina de San Miguel, que luego en tiempos de doña Pilar Somoano se convirtió en Los Helados de París, y en el cual solían reunirse por las noches gran número de jóvenes periodistas y escritores de los periódicos "La Lucha", "La Discusión", "El Figaro" y "La Habana Elegante": Pichardo, Catalá, Gastón y Arturo Mora, Raúl Cay, Enrique Fontanills, que entonces era un junquillito endeble; Wen Gálvez, Pancho Coronado, el dibujante Torriente, Benjamín Céspedes, que publicó por aquellos días su famoso libro "La Prostitución en La Habana", el postalista y otros. A la vuelta, ya en la acera de San Miguel, el cafetín

de Nadal, donde a última hora recalaban Pancho Hermida y el Conde Kostia para escribir sus crónicas teatrales, que de madrugada venía a recoger el entonces mozo y ya popular "Maximinín", para llevarlas a los respectivos periódicos "La Discusión" y "La Lucha".

Un amable recuerdo para el café Fornos, situado en los bajos del edificio de su nombre en Neptuno y San Miguel, y frente al teatro Torrecilla, que ya ha desaparecido. En aquella época era uno de los más alegres y concurridos de La Habana, y muy popular, por sus cenas a cincuenta centavos billete, consistiendo el menú en un plato de ropa vieja, una butifarra y un par de huevos fritos. Allí se reunían los autores bufos que escribían para el teatrillo citado, Joaquín Leoz, Joaquín Robreño,

Gustavo Gavaldá, Domingo Barberá, Carlos Noreña, Angel Clarens, etc. Amenizaban las noches de Fornos un pianista y un tenor de aguda voz, llamado Antolin González, asturiano. Por aquella época cantaba con preferencia la canción "A la Luna", del maestro Zapata, que figuraba en la obra "Los Hijos de La Habana", estrenada en Torrecilla, libro del periodista Fernando Costa y preciosas decoraciones de Miguel Arias. Antolin largaba los pulmones cantando todas las noches:

*Luna bella, protectora,
no me niegues tu fulgor;
voy en busca de mi encanto,
voy en busca de mi amor.*

Por la calle de San Miguel había entonces varias "casas alegres" que contribuían a la animación del café Fornos.

Carta de Juan S. J. 8/41

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA